

## CAPÍTULO XXIV

El cacique de Xocotla recibe benévolamente á Cortés.—El jefe español le pide un presente que indique su adhesión al rey de España.—Digna contestación del cacique.—Número de cráneos de víctimas humanas que habia en uno de los *teocallis*.—Visitan dos caciques de otros pueblos á Cortés y le llevan un presente.—Cortés, llevado de su celo religioso, pretende dejar en Xocotla una cruz.—El padre Olmedo le presenta lo inconveniente que seria hacerlo, y Cortés desiste.—Sale Cortés de Xocotla.—Llega á Iztacmaxtillan, donde es bien recibido.—Marcha hácia la república de Tlaxcala, y envia mensajeros cempoaltecas al senado pidiendo permiso para pasar á Méjico.—Discusion en el senado.—Se resuelve no admitir á los españoles, y se nombra á Jicotencatl general, para que se oponga á su paso en caso de que intenten penetrar por fuerza.

Entretanto que las tropas españolas y sus aliadas las cempoaltecas se dirigian hácia la ciudad, los enviados totonacos habian desempeñado fielmente la comision que les habia confiado Hernan Cortés. El cacique *Olintell*, acompañado de los principales personajes de la nobleza, se dispuso á recibir al jefe castellano, aunque sin saber si su

disposicion desagradaria al monarca de Méjico. Sabia que Moctezuma, agradecido á la accion de haber salvado de la muerte á sus empleados, le habia enviado ricos presentes y manifestado su buena voluntad hácia los extranjeros, y temia que si no obsequiaba á los huéspedes, desaprobese su conducta. Para obrar de una manera acertada, consultó con el jefe que mandaba la guarnicion mejicana y con los empleados del emperador, los cuales, no habiendo recibido órdenes para manifestarse hostiles á los expedicionarios, indicaron que se les recibiese bondadosamente.

Poco tardaron los españoles en aproximarse á los suburbios de la poblacion. El cacique Olintetl, seguido de los nobles, salió á recibir á Cortés á las puertas de la ciudad. La recepcion fué afectuosa; pero se notaba en ella mas política que voluntad; mas necesidad de cumplir con un deber, que espontaneidad. El ejército fué aposentado en vastos y cómodos edificios; pero poco atendido respecto de alimentos, de que se hallaba imperiosamente necesitado (1).

Después de la comida, el cacique hizo una visita á Cortés, que le recibió con la amabilidad acostumbrada. El jefe español, por medio de sus intérpretes Marina y Gerónimo de Aguilar, le hizo saber que era el enviado de uno de los mas poderosos monarcas del mundo, llamado Carlos V, para tratar con el soberano de Méjico de asuntos importantes respecto de religion y del buen gobierno de las provincias: que su mision era la de alcanzar que no

(1) «Y nos dieron de comer poca cosa y de mala voluntad.»—Bernal Diaz del Castillo.

se oprimiese á los pueblos con enormes tributos, y que no se siguiese sacrificando á los repugnantes ídolos víctimas humanas. Despues, anhelando descubrir el efecto favorable ó contrario que abrigaba hácia el monarca mejicano, le preguntó si era vasallo de Moctezuma. El cacique, admirado de la pregunta, contestó con notable sorpresa, que «¿quién no era vasallo de Moctezuma?» (1). El jefe español le respondió que él no lo era; que habia muchísimos monarcas superiores al soberano de Méjico, que obedecian al emperador Carlos V, y que el mismo Moctezuma, así como los pueblos que gobernaba, le llegarían tambien á obedecer.

Por imposible tuvo Olintetl que se realizasen las últimas palabras del general castellano. No dudando que su poder no reconocia igual en la tierra, hizo á Cortés la descripcion de la magnífica ciudad de Méjico, presentándola llena de obras de fortificacion; cruzada de anchas calles de agua con puentes levadizos; de espaciosas calzadas en que estaban practicadas varias aberturas por donde el agua pasaba de una parte á la otra; la solidez de las casas edificadas en la laguna y aisladas unas de otras, sin que los vecinos se pudiesen comunicar sino por medio de canoas y de puentes; las anchas azoteas de los edificios, que convertian á cada uno de ellos en una fortaleza; el número crecido de *teocallis*, que podian considerarse como otros tantos castillos; el gran comercio de la ciudad; la

(1) El cual, admirado de lo que le preguntaba, me respondió diciendo que «¿quién no era vasallo de Moctezuma? queriendo decir que allí era señor del mundo.»—Segunda carta de Hernan Cortés á Carlos V.

numerosa poblacion; la riqueza de sus nobles, y el respeto y veneracion que los pueblos consagraban al soberano, asegurando que contaba con treinta señores principales, cada uno de los cuales podía levantar por sí solo un ejército de mas de cien mil hombres.

Si el cacique exageraba el número de combatientes que podian poner sobre las armas los que reconocian á Moctezuma por soberano, no obraba de igual manera al pintar la fuerte posicion de la capital. El lector, que ha visto en el primer tomo de esta obra la grandeza y construccion de la notable corte de los emperadores aztecas, comprenderá que el retrato era una sombra pálida de la brillantez del original. Los españoles, al escuchar al cacique, creyeron que era «imposible lo que decia»; pero «verdaderamente, dice Bernal Diaz, era Méjico muy mas fuerte y tenia mayores pertrechos de albarradas que todo lo que decia, porque una cosa es haberlo visto de la manera y fuerzas que tenia, y no como lo escribo».

Olintetl, entusiasmándose á medida que iba describiendo el poder de Moctezuma, concluyó diciendo que todo cuanto queria dominaba, y que no sabia si aprobaria ó no el que hubiese recibido y alojado en la ciudad á los españoles (1).

Al siguiente dia tuvo otra entrevista el cacique con el jefe español. En ella trató Cortés de que Olintetl reconociese por soberano al monarca de España, y le suplicó que

(1) «Y dijo que era tan gran señor Moctezuma, que todo lo que queria señoreaba, y que no sabia si seria contento, cuando supiese nuestra estada allí en aquel pueblo, por nos haber aposentado y dado de comer sin su licencia.»  
—Bernal Diaz del Castillo.

presentase algun oro para poder enviarlo á su rey como prueba de homenaje á su soberanía. «Tengo oro—contestó el cacique;—pero no lo daré sin expreso mandato de mi monarca. Si él me lo manda—añadió—no solamente el oro y cuanto poseo, sino hasta mi persona os daré gustoso» (1).

Hernan Cortés disimuló el disgusto que le causó la contestacion del cacique, y con dulce afabilidad le dijo, que muy pronto recibiria la órden del mismo Moctezuma. Pero si no creyó prudente insistir en que reconociese por soberano al emperador Carlos V, no pudo dejar de volver á tocar la cuestion religiosa. Casi diariamente se sacrificaban en alguno de los trece *teocallis* que contaba la ciudad, algunas víctimas en honor de los sangrientos ídolos. En uno de esos teocallis, asegura Bernal Diaz, haber contado cien mil cráneos de personas sacrificadas, perfectamente colocados, y en otro adoratorio igual número de osamentas con el mismo concierto y órden colocadas (2). La vista de estos sangrientos despojos, obligaba á Cortés á continuar pidiendo al cacique la adopcion del catolicismo, y el abandono de una religion que rechazaba la humanidad y que no podia ser sino abominada por el Ser Supremo que

(1) «Me respondió, que oro que él lo tenia; pero que no me lo queria dar si Moctezuma no lo mandase, y que mandándolo él, que el oro y su persona y cuanto tuviese daria.»—Segunda carta de Cortés á Carlos V.

(2) «Acuérdomme que tenian en una plaza, á donde estaban unos adoratorios, puestos tantos rimeros de calaveras de muertos, que se podian bien contar, segun el concierto con que estaban puestas, que me parece que eran mas de cien mil, y digo otra vez sobre cien mil; y en otra parte de la plaza estaban otros tantos rimeros de zancarrones y huesos de muertos que no se podian contar, y tenian en unas vigas muchas cabezas colgadas de una parte á otra.»  
—Bernal Diaz del Castillo. *Historia de la Conquista.*

les envió al mundo para que le amasen y se viesen como hermanos. Pero su prédica era infructuosa, y el cacique solía salir de la conferencia sin haber cambiado en lo mas mínimo su antiguo parecer. Sin embargo, algo encontraba de noble en el empeño de que no se virtiese la sangre de los semejantes; y esto, unido al trato afable y á la presencia cautivadora del jefe español, despertó en Olintetl un afecto de simpatía hácia Cortés. Deseando entonces saber si realmente poseía el monarca español el poder que su enviado ponderaba, tuvo una entrevista con los nobles totonacos que acompañaban al jefe castellano. Los jefes cempoaltecas, que profesaban una amistad sincera á Cortés, y que se veían libres de la opresion de los mejicanos, por la alianza con los españoles, ensalzaron el valor de éstos, el terrible estrago de sus armas, la ligereza y fogosidad de los caballos, obedientes siempre á la voluntad de los jinetes; el servicio prestado á los pueblos que se declaraban sus amigos, librándoles de los tributos; lo suave y dulce de su religion y las altas consideraciones de Moctezuma hácia ellos, enviándoles valiosos regalos con los personajes mas ilustres, y entre ellos los mismos sobrinos del emperador.

Esta última observacion produjo un efecto notable en Olintetl. Le pareció que, con efecto, individuos que alcanzaban lá consideracion del mismo Moctezuma, dignos de grande estima debían ser. Desde aquel momento los víveres fueron servidos en abundancia, y de nada carecieron los soldados españoles. No contribuyó poco la jóven Marina al favorable cambio operado en el cacique, pues supo con su claro talento y elocuente manera de expresarse, hacer

que se formase un elevado concepto de sus huéspedes.

Casi en los momentos mismos en que se habia operado el favorable cambio en el servicio de la mesa, llegaron á la poblacion otros dos caciques de importancia, que tenían sus posesiones próximas al valle. Inclínados en favor de Cortés, cuyas hazañas habian escuchado contar con asombro, se presentaron á él respetuosamente, llevándole un presente que consistia en una carga de mantas, tres collares de oro de poco peso y valor, algunos pajaritos del mismo metal y en siete indias esclavas que hiciesen el pan de maíz para los soldados (1). Cortés les dió las gracias por el presente, y les hizo algunos regalos de vistosas cuentas azules, que recibieron como un obsequio de inestimable precio.

Los expedicionarios llevaban ya tres dias de permanecer en la ciudad, reponiéndose de las fatigas de la penosa marcha que habian llevado, y arreglando sus armas y su ropa. Pronto debían emprender de nuevo su camino con direccion á la corte de Moctezuma.

Hernan Cortés, llevado de su celo religioso, y deseando

(1) Prescott atribuye el presente al cacique Olintetl; pero éste habia manifestado que no daria ningun oro si no era con órden de Moctezuma, y nada dió. Bernal Diaz, sin nombrar la procedencia del regalo, solo dice que despues de que le hicieron saber los de Cempoala el poder de los castellanos y de recomendarle que debiera hacer algun presente, «luego trajeron cuatro pinjantes, y tres collares y unas lagartijas, aunque era todo de oro muy bajo; y mas, trajeron cuatro indias, que eran buenas para moler pan, y una carga de mantas.» Cortés manifiesta en su segunda carta á Carlos V, que el regalo no era del cacique Olintetl, de una manera clara. «Aquí me vinieron á ver otros dos señores que en aquel valle tenían su tierra; el uno cuatro leguas del valle abajo, y el otro dos leguas arriba, y me dieron ciertos collarejos de oro de poco peso y valor, y siete ú ocho esclavas.»

evitar que se continuasen los sacrificios humanos despues de su partida, convocó al cacique y á los nobles de la poblacion, pidiéndoles que adoptasen la cruz y dejasen en lo sucesivo de ensangrentar los altares de sus monstruosos ídolos. Olintetl y los que le acompañaban, despues de escucharle atentamente, contestaron que no volviese á tocar aquel punto, sobre el cual no admitian advertencia ninguna. Cortés, viendo que nada alcanzaria con las súplicas, y creyendo que ante la obra de la conversion debian arrojarse con impavidez los peligros y las consecuencias temporales, dijo dirigiéndose hácia sus soldados: «Me parece que seria conveniente, ya que no es posible alcanzar otra cosa, que dejemos colocada una cruz en este pueblo.» Pero el padre Fray Bartolomé de Olmedo, en cuya conducta brillaba constantemente el celo ilustrado y verdaderamente cristiano del digno misionero, le hizo presente que, «dejar el signo de la redencion en un pueblo que no estaba dispuesto á admitirlo y en que dominaba el poder de Moctezuma, era exponerlo á irreverencias y ultrajes que todo buen cristiano debia evitar; que ya se les habia explicado las excelencias del catolicismo, y que se dejase para época mas oportuna el plantear la cruz en sus altares».

Era el padre Olmedo uno de aquellos verdaderos sacerdotes, honra de la Iglesia, que buscaba la conquista de las almas por medio de la conviccion que hace amable la doctrina, y que, por dicha de los habitantes de la Nueva España, pasaron en los primeros tiempos de la conquista á aquellas apartadas regiones, para ser los defensores y los tiernos maestros de los dóciles nativos de ellas. La semilla del catolicismo no hubiera echado hondas raíces ni ex-



EL PADRE OLMEDO

tendido prodigiosamente sus ramas en los países conquistados, si no hubiera sido porque prudentes y virtuosos obreros, llenos de caridad evangélica, fueron, impulsados de amor á Dios y al prójimo, á cultivar con cariñoso anhelo el feraz terreno en que habia sido vertida, escogiendo los humildes pueblos de los indios por morada; aprendiendo su lengua para instruirles; constituyéndose en sus amigos y defensores; escribiendo en el idioma de las diversas tribus con quienes vivian como hermanos, los preceptos del cristianismo, y enseñándoles, con su ejemplo, á amar la virtud y aborrecer el vicio.

Cortés, respetando la opinion del virtuoso misionero que sabia contener dentro de sus justos límites el vivo anhelo por los progresos de la doctrina del Crucificado, acogió la prudente indicacion, y desistió de su intento.

Despues de haber permanecido cinco dias en Xocotla, el jefe español dispuso la marcha. Antes de ponerse en camino, consultó con el cacique y oficiales mejicanos qué rumbo seria el mas conveniente llevar para hacer el viaje á la corte de Moctezuma. Olintetl y los comandantes de la fuerza mejicana que guarnecia la ciudad, le aconsejaron que se dirigiese por Cholula, ciudad populosa y mas industrial que guerrera, donde hallaria buena acogida y abundancia de provisiones. De opinion contraria fueron los jefes totonacos. Estos, cuando se retiró el cacique con los que le acompañaban, le dijeron que los choluleses no les inspiraban confianza; que en la poblacion existia siempre una fuerte guarnicion mejicana, y que, en concepto de ellos, el camino mas conveniente era el de Tlaxcala, cuya república se hallaba en continua guerra con Méjico.